

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
El mundo islámico: percepciones y realidades

Autor/es:
López García, Bernabé

Citar como:
López García, B. (1995). El mundo islámico: percepciones y realidades.
Nosferatu. Revista de cine. (19):6-9.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40935>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

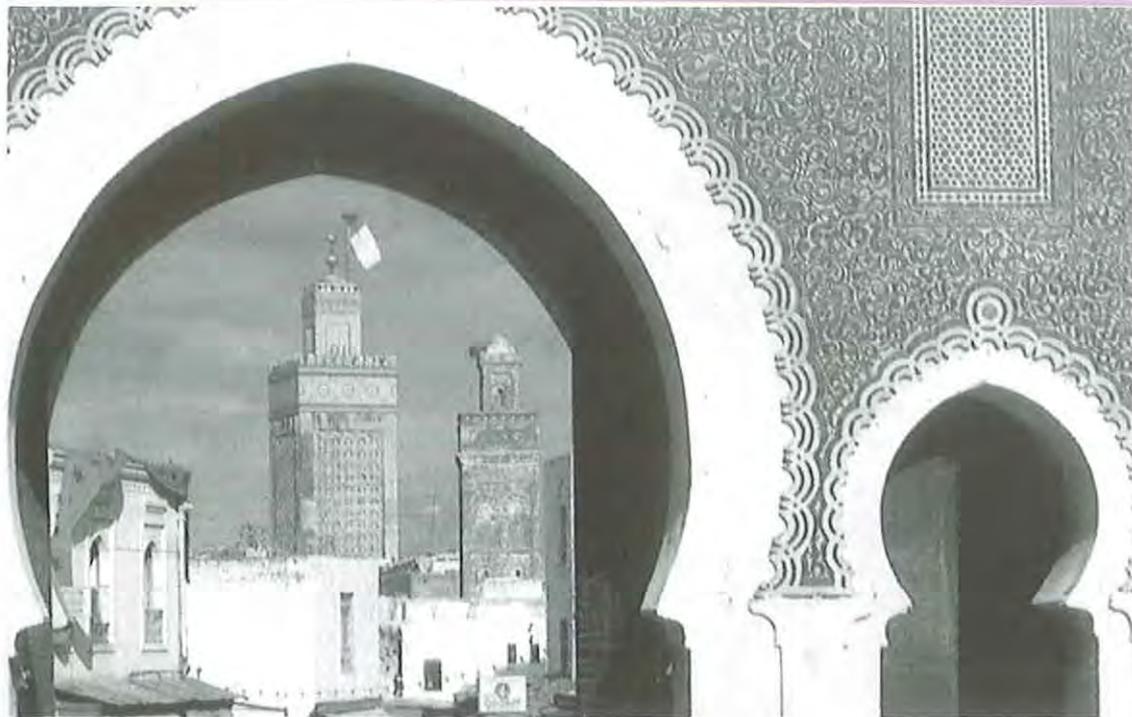
La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

Entrada de la medina de Fez (Marruecos)



El mundo islámico: percepciones y realidades

Bernabé López García

Hace treinta años un quinto de la Humanidad, más o menos como en la actualidad, formaba parte del mundo del Islam. Es decir, había los mismos musulmanes que hoy, menos el incremento demográfico correspondiente que, como en otras zonas deprimidas, se caracteriza por una fuerte natalidad.

El Islam era entonces, como ahora, una de las tres grandes religiones reveladas, centro de una civilización que se asociaba con el esplendor de su pasado cultural y científico, pero no se percibía como un sistema que pudiera competir con el occidental en estilo de vida u organización política. ¿Qué ha ocurrido, pues, en este período transcurrido hasta hoy, breve

en el tiempo largo de los historiadores, para que aparezca ahora el Islam ante muchos como elemento amenazante?

En realidad, salvo convulsiones concretas que han afectado a algunos países islámicos como Irán o Argelia, ampliamente mediatizadas por la implicación de intereses occidentales en juego, no puede decirse que el mundo del Islam haya cambiado en este período de tiempo: en general, aunque hoy, como ayer, el mundo islámico siga controlando una parte importante de las reservas de petróleo del mundo, destaca en él la misma pobreza mayoritaria, si bien con alguna fortuna deslumbrante...

Y sin embargo, la revolución

islámica en Irán primero (1979) y la Guerra del Golfo y la crisis que la precedió después (1991), promovieron la imagen errónea de un "retorno del Islam", pero de un Islam bárbaro que se perfilaba, al fin de la guerra fría, como el enemigo de diseño necesario para sustituir al comunismo y darle un nuevo sentido a la bipolaridad convertida en manera de percibir la realidad.

La Guerra del Golfo, la primera a la que se asistía (con gran censura y filtro mediáticos) en directo, dañó profundamente la imagen del Islam-civilización a pesar de que sus protagonistas, Irak y Saddam Hussein, habían hecho fortuna durante más de una década en su oposición militar radical al fundamentalis-

mo islámico de su vecino Irán.

Puede pues afirmarse que lo que ha ocurrido en este lapso de tiempo, y los asuntos Rushdie y el del velo en Francia permiten corroborarlo, es un cambio de percepción en la imagen del Islam, producido en gran medida por su mayor visibilidad en nuestro propio mundo occidental. Una visibilidad física en el caso de Europa, pues en estos treinta años se ha producido un fenómeno de emigración masiva de musulmanes, prioritariamente procedentes de antiguas colonias norteafricanas, que han llegado a constituir una importante minoría étnica en Europa. Magrebíes, pero también turcos, sobre todo en países como Francia, Alemania, el Benelux (y más tarde en Italia y España los primeros), superan hoy los cinco millones. Pero la visibilidad es, sobre todo, mediática, y no sólo en Europa, donde los problemas de identidad han sido suscitados por el contrapunto de esas minorías diferenciadas, sino también en Estados Unidos, que ha visto su historia comprometida en el enrevesado conflicto árabe-israelí, sobre todo desde la Guerra de los Seis Días de 1967. Desde entonces, el mundo musulmán, que ha hecho causa común con el pueblo palestino y su liberación, ha venido asociándose en los medios de comunicación al terrorismo que durante largos años fue un arma de lucha utilizada por la guerrilla palestina. Asociado también el mundo del Islam a la crisis económica, que tuvo su origen en coincidencia con la crisis que provocó el embargo petrolero de la otra guerra árabe-israelí de 1973 por decisión de los países árabes petroleros.

Los integrismos, por último, florecidos en determinados

países islámicos, en Irán, en Argelia, Afganistán o Sudán, como reacción a dictaduras pero con modelos no menos dictatoriales, acabarán por expandir esa asociación engañosa entre Islam y fanatismo. Hoy el Islam es un tema mediático por excelencia, tema de portada en semanarios europeos que, como *L'Express* en enero de 1995, excita a su público con la morbosidad de "*cómo los islamistas nos infiltran*".

Una comunidad de mil millones de almas

Aunque se considere a sí misma una comunidad única de creyentes, la *umma*, la realidad es que los casi mil millones de musulmanes que hoy viven en el mundo se encuentran segmentados por etnias diversas, lenguas diferentes, culturas ancestrales muy variadas y distantes y hasta por concepciones religiosas divergentes. Seis son los grandes conjuntos culturales en los que se divide el Islam "*de ayer y de mañana*", parafraseando al gran orientalista fallecido en junio de 1995 Jacques Berque: el Islam árabe, el Islam malayo, el Islam persa, el turco, el hindú y el africano. El área árabe fue el origen de la civilización, el primer objetivo de conquista y núcleo del primer imperio musulmán. Extendida hacia el occidente por el norte de África, llegó hasta Al-Andalus y hoy está poblada por unos 180 millones de personas, habiendo conservado un cierto predominio cultural en razón del carácter sacralizado de su lengua, que es la del libro revelado, el Corán. El área persa, islamizada desde el siglo VII-VIII, cuenta con unos 170 millones de personas, entre las cuales destaca el papel de Irán, foco de una revolución que asustó por su ra-

dicalismo antioccidental en la pasada década. En las áreas hindú y malaya el Islam no es un ingrediente mayoritario como en las dos anteriores. Aunque los musulmanes en cada una de las zonas suman unos 190 millones de personas, sólo constituyen un 20 y un 35% respectivamente de su poblamiento. Pero en la segunda existe el país con mayor población musulmana del planeta, Indonesia, con más de 180 millones de personas. El área africana congrega a 120 millones en un continente en el que el Islam empezó a expandirse en época más tardía, hacia el siglo XIV. Por último, menor que las anteriores, el área turca, influyente hasta la caída del Imperio Otomano al finalizar la Primera Guerra Mundial, ha vuelto a cobrar importancia con sus cien millones de musulmanes como consecuencia del hundimiento de la URSS, que ha devuelto a las antiguas repúblicas musulmanas ex-soviéticas a su natural influencia cultural ejercida desde Turquía.

El mosaico del Islam en el mundo se concluiría con los 20 millones de musulmanes en el mundo chino, los 5 antes señalados en Europa y las minorías emigradas a las Américas y que en los años sesenta produjeron un movimiento islámico autóctono, el de los *Black Muslims*.

Catorce siglos de historia con un epílogo anticolonial

Tras una historia azarosa hecha de grandes imperios y grandes fragmentaciones, la mayoría del mundo islámico se encontrará colonizado en el siglo XIX. Y ya desde entonces surgirán movimientos que preconizan el fin de la explotación como alternativa al im-

perialismo. "Egipto para los egipcios", proclamaría Yamal Eddin al-Afgani, precursor de un fundamentalismo islámico, la *salafiya*, conciliador con la "modernidad" de hace cien años. Egipto fue en cierto modo pionero de ese proceso nacionalista anticolonial, como también fue uno de los primeros países coloniales en lograr una, aunque precaria, independencia. El poeta cubano José Martí -de quien ahora se celebra el centenario de su muerte-, otro precursor en otro continente, veía así hace un siglo este duelo egipcio-británico: "Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio; el Corán va a librar batalla al Libro Mayor; el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia; el hijo generoso del desierto muere el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente" (1).

El duelo tendrá un primer acto victorioso para los países colonizadores que mantuvieron sus imperios hasta la Segunda Guerra Mundial. Una gran parte del mundo islámico quedará bajo dominio colonial, ampliado con la caída del Imperio Otomano en 1918: Indonesia formando parte del imperio colonial holandés; el Magreb y el África Occidental, así como Siria y Líbano, en manos de Francia; Egipto, Mesopotamia, Palestina, los emiratos del Golfo Pérsico, se unirían a las posesiones islámicas de Gran Bretaña en el subcontinente indio (el Pakistán futuro).

El segundo acto de este duelo lo constituirá el proceso descolonizador. En 1945 los estados árabes independientes crearán la Liga Árabe, que busca la asociación para la cooperación, convirtiéndose en un polo de promoción de las

luchas anticoloniales en los países arabófonos aún sometidos. El Cairo será la Meca para las jóvenes naciones norteafricanas, que crearán el 5 de enero de 1948 un Comité de Liberación del Magreb presidido por la figura legendaria de Muhammad Ben Abdelkrim al-Jattabi, el héroe de la resistencia rifeña en los años veinte, convertido en precedente mítico de todas las campañas libertadoras en los países emergentes de lo que se llamará el Tercer Mundo. En su manifiesto, de un elevado islamismo libertador, se afirmaba que "el Magreb árabe debe su existencia al Islam. Ha vivido por el Islam; y es según el Islam como se dirigirá en el curso de su porvenir".

Es el momento de la independencia de la India, en el verano de 1947, fruto de un largo proceso de resistencia original, y que será un acontecimiento que marque el despertar de las naciones sometidas al yugo colonial. Aunque la escisión de su noroeste y este, musulmanes en mayoría, para crear la república de Pakistán (más tarde, en 1971, se secesionaría su parte oriental, Bangla Desh, creando un estado independiente), revelará que los nacionalismos étnicos son siempre explotables por élites exteriores e interiores, aunque encierran riesgos de desunión que pongan en entredicho la fuerza de los recién liberados.

En 1949 se llegará a constituir en el seno de la ONU el grupo arabo-asiático, integrado por doce estados independientes: Afganistán, Arabia Saudí, Birmania, Egipto, India, Indonesia, Irak, Irán, Líbano, Pakistán, Siria y Yemen. Se empiezan, pues, a dibujar las primeras alianzas entre países jóvenes y marginados de las esferas de decisión de la política mundial,

que extienden la idea de que la asociación es un arma importante frente a los viejos dominios coloniales.

En este marco, la Conferencia de Bandung, inaugurada el 18 de abril de 1955, supone el primer acto colectivo de los nuevos países del Tercer Mundo. De ahí que se la haya considerado "los estados generales del Tercer Mundo" (2). Su ideólogo fue el Primer Ministro indonesio, el Dr. Sastroamijoyo, conocido por sus ideas en defensa de la descolonización (había dicho en 1953 que "no cabe nación feliz en tanto persistan naciones colonizadas"), que recibió un mandato para la convocatoria de su gobierno y de los de India, Ceilán, Birmania y Pakistán. Asistieron veintinueve naciones de Asia y África: entre los dirigentes, el Primer Ministro del nuevo coloso asiático, China, Chu En Lai; el Rais de Egipto, Nasser; el Príncipe Faisal de Arabia Saudí; Yawaharlal Nehru e Indira Gandhi por la India (3).

Desde el mundo islámico, los años cincuenta se van a vivir como una etapa clave en la liberación. Una liberación que se imaginaba iba a permitir realizar, además, la revolución árabe. Gamal Abdel Nasser, su figura más destacada, y que pasa por haber sido uno de los defensores de la laicidad política en el mundo árabe, dejaría ya adivinar, en su obra *Filosofía de la Revolución* (4), la fuerza cohesiva de la fe compartida con el mundo islámico:

"Cuando pienso en los 80 millones de musulmanes de Indonesia, en los 50 millones distribuidos entre Malasia, Siam, Tailandia y Birmania, en los 100 millones de Pakistán, en más de 100 millones que viven en el Oriente Medio, en los 40 millones de la Unión Soviética

y en los varios millones más que residen en otros remotos y dispersos rincones del mundo, cuando peso y valoro lo que representan estos cientos de millones de musulmanes, unidos en un todo homogéneo, por una misma fe, me doy cuenta de lo que podría lograrse de una cooperación que, sin menoscabar en nada su lealtad a sus países de origen, aseguraría, para ellos y para sus hermanos del Islam, un poder ilimitado".

La Guerra de los Seis Días, en junio de 1967, representa un momento clave de este segundo acto del duelo antes referido. Significa el comienzo del ocaso de los nacionalismos independentistas, el árabe entre ellos, provocando una gran crisis de conciencia (de 98 árabe, podría calificársele) entre los intelectuales y las élites, que se escindirán desde entonces en realistas (con el tiempo liberales) y apocalípticos, partidarios de acciones terroristas, muchos de los cuales se volverán hacia el Islam como solución. Con el tiempo, la frustración por la derrota árabe del 67 nutrirá el fondo de un nuevo nacionalismo islamista que formará parte de una ideología de combate muy presente en la que será la tercera etapa del duelo, que recubre ahora la apariencia de un enfrentamiento Islam-Occidente.

El devenir del nacionalismo islámico

El mundo islámico en la era de las independencias no ha perdido la nostalgia de su unidad. La *umma* sigue siendo una referencia, pero el modelo adoptado por los diferentes países islámicos sigue siendo el del Estado-nación. Así lo reconocía Muhammad Arkoun al reconocer que "privados de referencias institucionales en un

pasado 'islámico' abolido desde hace tanto tiempo, fascinados por el poderío y la eficacia de modelos nacionales como Francia, Italia o Inglaterra, etc., los Estados musulmanes contemporáneos improvisan construcciones nacionales" (5), que dan lugar a estados centralizados que niegan con frecuencia el derecho a la existencia a los múltiples particularismos étnicos o culturales de sus plurales habitantes. Ello no ha impedido que se intente reconstruir una federación islámica, a través de la Organización de la Conferencia Islámica, que celebra sus "concilios", vela por los problemas que afectan al Islam de hoy, pero carece de una autoridad máxima, dejando a los países asociados una gran libertad en la aplicación de un Islam las más de las veces bien controlado por el poder y de apariencia moderada. Lo que contrasta con la difusión creciente de una imagen del Islam asociada al radicalismo antioccidental que ha animado incluso el discurso de ciertos politólogos occidentales, como Samuel Huntington, que preconizan un siglo XXI dominado por el "choque de civilizaciones".

El Islam de fin de siglo está recubierto de mitos que le atribuyen en nuestro mundo unas características que no distan mucho de las que se difundieran hace siglos (6). Se destaca de él el fanatismo machista del terrorismo argelino (que tiene un origen evidente en el rechazo a un golpe de Estado concreto y a una militarocracia autoritaria); se insiste en que el porvenir de la inmigración en Europa está en los oriundos del Este, mientras los de origen musulmán son "inasimilables"; se convierte en incompatible con la escuela laica francesa lo que podría haberse interpretado como moda cultural (el *hiyab*); se

atribuye al Islam en bloque la brutal condena al escritor Salman Rushdie en lugar de circunscribirla a un país, a una ideología y a una crisis de régimen concreta. Es evidente que por ese camino de las simplificaciones el choque Islam-Occidente está servido. Y servirá de pantalla del verdadero enfrentamiento de este fin de siglo, que no es otro que el del Norte y el Sur, el de la miseria y la opulencia.

NOTAS

1. "La revuelta en Egipto". *Obras Completas*. La Habana, 1963-73, 14, 113. Citado en B. López García: "José Martí y el despertar del mundo árabe: la conciencia de un renacimiento". *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4 (1981). Páginas 286-297.
2. Ver Arthur Conte: *Bandoung, tournant de l'Histoire*. Robert Laffont (París). 1965.
3. Los otros países, aparte de los citados: Ceilán, representado por su Primer Ministro John Kotelawala; Pakistán (Muhammad Ali, P. M.); Afganistán (M. A. E); Camboya (ex-rey Norodom Sihanuk); Ghana (K. Nkrumah); Etiopía (M. A. E); Irán (M. Finanzas); Irak (M. A. E); Japón (cuya delegación la presidió un hombre de negocios); Jordania (Walid Bey Salah, P. M.); Laos; Líbano (Sami Solh, Primer Ministro, asistido por una representación de cada comunidad importante); Liberia; Libia; Nepal; Filipinas; Sudán; Siria; Tailandia; Turquía; Vietnam del Sur y del Norte; y Yemen. Muchos de ellos musulmanes, o con importantes minorías musulmanas.
4. Traducción castellana: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos (Madrid). 1970. Página 57.
5. *L'Islam*. J. Grancher Ed. (París). 1989. Páginas 50-51.
6. Ver en este sentido la obra interesantísima de M. A. Bunes Ibarra: *La imagen de los musulmanes y el Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*. CSIC (Madrid). 1984.